

Cadáveres hediondos, putrefactos... ¿Hasta cuándo? ¿No hay nada en vosotros de la semilla de los hombres...? Ahora os volverán a los presidios, a las minas, al látigo, al estiércol. Llorad: «¡Qué desgraciados somos! ¡Qué perseguidos!» Cuanto más os insultan más os hundís en nuestra miseria. Os encenagáis de propia compasión. ¡Puercos, alzaos! ¡Gritad, incapaces! ¿Tanto os pesa vuestro Dios que no os podéis mover? ¿No se levanta una voz? Murmullos, no: ¡una voz...! ³.

* * *

RAQUEL.—... ¿No te levantas contra esa injusticia? ¿No gritas? ¿Te dejas ir? ¿No intentas nada? ¿Te das por vencido?

EFRAIM.—¿Qué quieres hacer?

RAQUEL.—Luchar. Sea lo que sea.

EFRAIM.—Vamos. Vamos a hablar con el Capitán. Pero no crees que si hubiese algo que hacer ya lo intentarían los que mandan...? ⁴.

Anna no es de los personajes resignados que se dejan hundir con el barco entonando salmos, su heroísmo no es de resistencia pasiva; tampoco espera que la solución a sus problemas le venga de «los que mandan». Ella sí levanta su voz porque, junto con Carlos y Raquel, pertenece al grupo de los judíos luchadores, gentes como Leva y sus compañeros, que se arriesgan a buscar su libertad en una frágil balsa aunque tengan que morir en el empeño.

Frente a la complejidad caracteriológica del personaje femenino, su oponente, pese a ser «el culpable», resulta una figura dramática mucho menos fuerte y con un carácter más lineal; en ese aspecto, su inferioridad es tal que, a raíz del enfrentamiento entre la judía y el nazi, Franz queda prácticamente anulado por la muchacha en la marcha de la acción. Encerrado en su terco fanatismo, es insensible a todas las tentativas de Anna para que considere el conflicto desde un punto de vista personal; una vez que se ha puesto el uniforme de las Juventudes Hitlerianas, Franz deja de ser un personaje —un «ser humano de ficción»— para simbolizar una ideología. De este modo, cuanto más se personaliza Anna como una joven concreta que es judía, que sufre y desea vengarse de sus verdugos, más se tipifica él con su actitud como un nazi, como la personificación misma del nazismo, neutralizando todos los esfuerzos de Anna porque se vea a sí mismo como un ser individual, con unos sentimientos propios y no dictados por el partido al que pertenece.

Si a lo largo de todo el quehacer dramático de Max Aub se observa la tendencia a hacer del suyo más un teatro «de ideas y palabras» que «de acción y espectáculo», en este punto de *Comedia que no acaba* es también la palabra la que, a través de la narración de Anna, explica la situación presente como consecuencia de unos hechos anteriores a los que se están viviendo en el escenario. Pero es que, además, este tipo de retrospectión lleva una gran carga subjetiva que deja al descubierto los más íntimos resortes del carácter del narrador —Anna, en este caso—, implicando a la vez al interlocutor, cuyas réplicas revelan su auténtica forma de ser. Es, con palabras de Arturo del Hoyo, un «diálogo socrático con que (el autor) ayuda a sus personajes a

³ MAX AUB: *San Juan*, en *Teatro Completo*, cit., pág. 387.

⁴ *Idem*, pág. 408.

parir la verdad que llevan dentro o el significado de su situación en el mundo. Es un intento, a través del diálogo, de comprender lo que está pasando o lo que les pasa ⁵.

Sin embargo, y a pesar de este carácter a veces discursivo, la tensión dramática no languidece gracias a las nuevas posibilidades conflictivas que se apuntan, y que unas veces se cierran —positiva o negativamente— y otras quedan tan abiertas como la propia obra, pero, sobre todo, debido a que los parlamentos largos —los que, según Angel A. Borrás ⁶, presentan la forma de «debate filosófico»— encierran un gran dramatismo en su propio contenido, dramatismo que se refuerza con las continuas y acuciantes interrogaciones:

ANA.—... Pero ¿te das cuenta de lo que es despertarte una mañana, o una tarde o una noche, y saber que perteneces a una estirpe maldita, maldita porque así lo han decidido unos hombres, porque así les conviene? Hasta ese momento habías sido igual a los demás; a Emma nunca le dijo nadie que tuviera sangre judía (...) Por lo menos, los negros, en Norteamérica, ven su mal cara a cara, apuestos —y no apuestos— desde que nacen; llevan su estrella de David cosida en la epidermis. ¿Pero Emma? Saludable, alegre, fina, inteligente. Ese mal repentino ¿con qué se curaba? Ese cáncer que tú y los tuyos le transmitisteis, ¿cómo se extirpaba? Se mató. Y ya. Y tú puedes respirar satisfecho. Y me puedes desear. A mí, otra judía. ¿De qué otro color me ves ahora? ¿De qué color me ves ahora? ¿De qué color es mi sangre...? ⁷

Como vemos, tras la revelación de su origen, Anna no se limita a narrar a Franz su verdadera historia y los motivos de su venganza; se los escupe a la cara, al mismo tiempo que le acosa implacablemente con preguntas que intentan despertar su conciencia y hacerle ver que los sentimientos están por encima de los credos políticos:

ANNA.—... Me llevaba la rabia, la furia a hacer lo que hice, con tal de untarte la cara con mi desesperación.

FRANZ.—Y ahora ¿qué has ganado?

ANNA.—¿Ganar? ¿Hablas de ganar...? Claro, yo perdí.

FRANZ.—Y quieres perderme a mí.

ANNA.—Quería. Ya ni eso.

FRANZ.—¿Callarás?

ANNA.—Es lo más probable. Si no te sientes perdido, si no ves lo absurdo de tu fe, ¿qué más me da? ⁸

A nivel de arquetipos, la judía está vencida de antemano por el nazi, y ambos lo saben; pero también son conscientes de que, a nivel de caracteres individuales, de seres humanos concretos, Anna es mucho más fuerte y está mucho más segura de sí que el joven; por eso es ella quien domina la situación. Frente a la cobardía y al fanatismo de Franz, Anna se nos ofrece como una mujer de gran entereza, valiente y rebelde; se lo juega todo porque todo lo tiene perdido y porque, como Carlos, el otro judío

⁵ ARTURO DEL HOYO: «Prólogo» a Max Aub, *Teatro Completo*, cit., pág. 19.

⁶ ANGEL A. BORRÁS: *El teatro del exilio de Max Aub*, Sevilla, Serv. Publicaciones de la Universidad, 1975, pág. 31.

⁷ MAX AUB: *Comedia que no acaba*, cit. págs. 1190-1191.

⁸ MAX AUB: *Comedia que no acaba*, cit., págs. 1191-1192.

rebelde de la tragedia *San Juan*, no quiere morir como un borrego sin enfrentarse a su verdugo y gritarle su protesta.

En el punto en que el autor interrumpe esta pieza dramática, las posiciones de los personajes responden a sus respectivos arquetipos: Franz sigue siendo un nazi ortodoxo, sin la menor fisura en su fanatismo; Anna no tiene otro futuro que el de inquilina de cualquiera de los campos de exterminio regados por toda Alemania... Y, sin embargo, las preguntas de la muchacha los relegan a ambos —como tipos y como personajes individuales— a un segundo plano, y adquieren la categoría de protagonistas del drama. Gracias a ellas, la obra se eleva de lo individual concreto —la crítica del nazismo— a un plano más universal en el que la condena abarca también a todo tipo de segregación racial, a los estados policíacos y a los dogmatismos inflexibles:

«Por lo menos, los negros, en Norteamérica, ven su mal cara a cara, apestados —y no apestosos— desde que nacen; llevan su estrella de David cosida en la epidermis»⁹.

* * *

«Tal vez fue el jefe de tu grupo el que me mandó hacer lo que hice y estoy haciendo, para probarte. ¿No lo crees posible..., o aun probable? Encajaría bastante bien en las normas de conducta del partido. ¿O no...?»¹⁰

* * *

«¿Has pensado —no, no lo has pensado— que mataste a tu hijo? No pensaste en ello, ¿verdad? Tuviste un hijo, a medias germano, a medias judío. Pero eso no invalida que fuera tu hijo. Si hubiese nacido, ¿qué hubieras hecho con él? ¿Matarlo? ¿Desconocerlo? Ambas soluciones tenían sus ventajas. ¿Cuál hubieras escogido? ¿O lo hubieses querido? Al fin y al cabo eras su padre...»¹¹

* * *

«¿Y si tu padre fuese judío?»¹²

Esta última pregunta, que permanece flotando cuando cae el telón, apunta un posible cambio de rumbo en una hipotética continuación de la obra. Y, en efecto, el propio Aub, en una extensa acotación final, asegura:

«El autor ha llegado, de un golpe, hasta aquí y se ha detenido. Planteó la situación, los caracteres de sus personajes, sin dificultad. Pero, ahora, tiene que hallar otra situación y el fin de su obra. Y no los tiene. Le ha dado vueltas al asunto, de cuando en cuando, al azar, de las madrugadas. Y no halla nada que le parezca completamente adecuado»¹³.

y, después de apuntar cuatro posibles situaciones finales, expresa un desánimo sorprendente en un autor tan fecundo y de tantos recursos literarios como Max Aub:

⁹ *Idem*, pág. 1191.

¹⁰ *Idem*, pág. 1191.

¹¹ *Idem*, pág. 1191.

¹² *Idem*, pág. 1192.

¹³ *Idem*, pág. 1192.